



# JOSÉ ORTEGA Y GASSET Y LA CRISIS DE LA RESTAURACIÓN: VIEJA Y NUEVA POLÍTICA

Pedro L. Angosto  
Doctor en Historia

Recibido: septiembre 2023/ aceptado septiembre 2023

## RESUMEN

Aunque Ortega y Gasset siempre afirmó que su inmersión en la política fue resultado de la situación decadente y abúlica en la que se encontraba España, lo cierto es que desde bien joven, criado en la redacción de el periódico familiar *El Imparcial*, sintió una fuerte vocación por los asuntos públicos, por renovar la vida política española anclada en la corrupción, la mediocridad y el caciquismo propios de la Restauración. Su irrupción definitiva en ese mundo la marca la fundación de la Liga de Educación Política y su presentación en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1923 mediante una conferencia titulada “Vieja y nueva política”, en la que Ortega expuso un programa de nuevo patriotismo para que la “España vital” tomase el rumbo de la nación y se despojase de las ataduras del pasado.

## SUMMARY

Although Ortega y Gasset always stated that his immersion in politics was a result of the decadent and apathetic situation in which Spain found itself, the truth is that from a young age, raised in the editorial office of the family newspaper *El Imparcial*, he felt a strong vocation for public affairs, for renewing Spanish political life steeped in corruption, mediocrity and despotism typical of the Restoration. His definitive emergence into that world was marked by the founding of the Political Education League and its presentation at the Teatro de la Comedia on March 23, 1923 through a conference titled “Old and new politics”, in which Ortega presented a program of new patriotism so that “vital Spain” could take the direction of the nation and shed the ties of the past.

## PALABRAS CLAVE

*El Imparcial*, Ortega y Gasset, la Restauración, política española, s. XIX.

A José Ortega y Gasset, nacido en 1883 en el seno de una familia burguesa, clase media alta, de tradición liberal e intelectual, no le iba a ser permitido sustraerse a algo para lo que tal vez, no tenía vocación: La política. Del lado materno sus ancestros habían sido militares, políticos, industriales y periodistas; Eduardo Gasset militó en el Partido Demócrata de Fernando Garrido, y ante todo fue el fundador del periódico *El Imparcial* siguiendo un modelo progresista que propugnaba que el consejo de administración del mismo solo se ocupase de las cuestiones económicas, sin inmiscuirse para nada en la línea editorial, cosa que correspondía únicamente a los periodistas, modelo que sería imitado, con restricciones, por Urgoiti y el propio Ortega a la hora de editar el diario *El Sol*. Eduardo Gasset fue además director del periódico, sucecíéndole en el puesto Rafael Gasset, ministro conservador en numerosas ocasiones, muy preocupado por las cuestiones hidráulicas por influencia de Joaquín Costa. *El Imparcial* llegó a ser uno de los diarios más vendidos de los publicados en Madrid a principios de siglo, su compromiso político y los problemas de financiación le llevarían a una decadencia progresiva que empujó a su familia a deshacerse de él. Había formado parte del grupo de empresas periodísticas conocido como El Bloque, junto a *El Heraldo* y *El Liberal*, en oposición a la política de Maura.

Su padre, José Ortega y Munilla, periodista y novelista había nacido en Cuba, casó con Dolores Gasset, dirigió *Los Lunes del Imparcial* y el rotativo fundado por su suegro. En su casa se celebraban tertulias a las que acudían numerosos intelectuales y políticos de la época. El joven Ortega se había desenvuelto en un medio familiar propicio al ejercicio intelectual y la preocupación política; desde bien pequeño vive inmerso en los entresijos de ambas actividades, contacto con los libros, tertulias, y sobre todo con el periódico de su familia *El Imparcial*, al que llamaría en bastantes ocasiones “su casa materna”. A pesar del carácter liberal de su familia, estudia con los jesuitas en el colegio de Miraflores de El Palo y en Deusto. El sistema educativo utilizado por la orden de San Ignacio de Loyola dejó en él una impresión muy negativa, que sería magníficamente descrita por Ramón Pérez de Ayala en su obra AMDG.

Creía que era óptimo para mantener el orden de cosas heredadas, la tradición mal entendida, matar cualquier atisbo de inquietud, de espíritu crítico o creativo, incapacitando intelectual y moralmente a la mayoría de los jóvenes que pasaban por sus manos. A pesar de ello, Ortega nunca dejó de creer, a la manera tal vez de lo que había sucedido a Renán, que tanto influyó en su mocedad.

A los diecinueve años acaba en Madrid los estudios de Filosofía y Letras, doctorándose a los 21 años, seguidamente partió para Alemania con una beca estatal, entre 1904 y 1907 estudia en Berlín, Leipzig y Marburgo, donde es discípulo de Cohen y contacta con el neokantismo.

Por otro lado, y como condicionante de primer grado, estaba la situación de España, Ortega nace siete años después del golpe de estado de Martínez Campos que llevaría a Cánovas al poder y a la restauración de la monarquía borbónica, y quince años antes de la pérdida de las últimas colonias ultramarinas españolas. Es un momento de decadencia que arranca, como refiere Ortega en muchos artículos, tres siglos atrás, en los postreros años del reinado de Felipe II. El desastre del 98 pone a España frente al espejo de su realidad, y esta no es otra que la descomposición nacional. Los regeneracionistas, Salillas, Picavea, Costa serían los primeros en dar la voz de alarma, Unamuno, Maeztu, Ganivet, Machado insistirían en sus arbitrios y cavilaciones en torno al problema nacional. La pérdida de las colonias no fue solo una derrota militar, el fracaso de una determinada política o un golpe para los intereses enonómicos nacionales, fue algo mucho más ruidoso e intenso. La prensa del momento había convencido a una parte considerable de la opinión pública de que la superioridad de la Armada española frente a la norteamericana era abrumadora, durante unos meses reinó la confusión, mas de pronto la cruda realidad se erigió como una imponente estatua de desesperanza, los mismos diarios que habían pregonado la invencibilidad de nuestros ejércitos, anunciaban a los cuatro vientos la posibilidad de que España fuese invadida por esa hasta entonces desconocida potencia vecina de nuestras colonias, hasta una escritora de la talla de Emilia Pardo Bazán argumentaba su abandono de La Coruña con esa posibilidad, habíamos pasado en muy poco tiempo de reyes a villanos, el país entero se percató de su insustancialidad, ninguna de sus instituciones funcionaba, ni los partidos, ni la justicia, ni el ejército, ni el parlamento, ni la corona, todo el régimen de la Restauración sufrió

una convulsión que de un modo u otro significaba el principio del fin de un periodo de la historia de España .

El pueblo escarmentado por siglos de incuria y traición no reacciona, parecía sumido en un sueño indolente, tampoco los intelectuales, excepción hecha de Joaquín Costa, ni las clases medias. En ese contexto y por ese motivo deviene la irrupción de Ortega en la vida política nacional, en conferencias y artículos para *El Faro* y *El Imparcial*, culminando en la fundación de la Liga de Educación Política, la revista *España* y el diario *El Sol*. Su compromiso político nace así condicionado, no es vocacional, es obligación, pero no solo de él, sino de toda su generación, de toda su clase, a ellos corresponde mover el alma española so pena de que España desapareciese como nación, como cultura, algo que ya había ocurrido con otras civilizaciones; su generación tenía el ineludible compromiso de poner a España en la ruta de las naciones más avanzadas del continente, incluso su viaje de estudios por Alemania no había tenido por único objeto su formación personal, sino aportar nuevas ideas, nuevos conocimientos que ayudasen al renacer de la interrumpida cultura española. Ortega se erige de este modo en mediador. Su intervención política no sería “sino un deber penoso ante los momentos críticos porque pasaba la sociedad española y frente a la incuria habitual en los políticos profesionales”. Penoso deber, dice, pues ya se encarga en otros artículos de afirmar que si España hubiese sido un país normal como Inglaterra, Francia o Alemania, nunca habría sido esa su dedicación, salvo en los justos límites de cualquier otro ciudadano.

Los artículos que publica entre 1907 y 1914 van a partir de una cuestión previa ineludible, resulta imprescindible antes de hablar de una cosa saber cuál es su realidad, la española es evidente, como habían apuntado Costa y los regeneracionistas, España era un país sin pulso, sin sustancia, sin voluntad, pero no solo sus instituciones, sino su alma que es su pueblo, en contra del cual se ha hecho y se hace toda la política oficial. La urgencia es perentoria y vital, apela a las nuevas generaciones para que hagan suyo ese diagnóstico, despierten y reaccionen antes de que sea demasiado tarde, llama a la juventud con la esperanza de que aporte su savia nueva a la empresa del progreso y el porvenir nacional. Pide Ortega como primera condición para ese resurgir un cambio del carácter nacional, nunca de sus costumbres,

y esto no se hace, como había intentado La Cierva, desde el Boletín Oficial del Estado, con represión y una serie de prohibiciones que afectaban a hábitos populares, sino desde la educación. No se puede juzgar la costumbre de un pueblo como buena o mala, es simplemente natural, es como es, lo que sí es bueno o malo es el carácter que nace del medio vital en que se desenvuelve, “prohibir una costumbre es como prohibir en una nación los terremotos... Solo cuando la costumbre y el ideal duermen una noche juntos, queda la justicia en cinta y nace la ley”. En España la costumbre y la ley han marchado cada una por su lado porque la política nacional se ha ejercido contra el pueblo, no con él y para él, por eso no existe un ideal nacional, sino intereses de los pocos contra los más, unos gobiernos que no han creado escuelas ni han hecho leyes sociales no pueden exigir nada al pueblo. Hay que mirar hacia Europa y traer de ella aquello de que carecemos, pero las costumbres son diferentes en cada país. El Ortega de 1907, próximo todavía a los planteamientos de Lasalle, con influencia de Renan y otros pensadores franceses, había pasado ya por las universidades alemanas, donde había estudiado y admirado a conciencia la filosofía y los métodos pedagógicos de aquel país, forma parte de una “generación de muchachos serios, estudiosos, obsesionados por la ciencia... Es una generación que creyó en el estudio y la competencia”, fue, siguiendo a Luis de Olariaga, la primera generación científica europeísta de España.

Sin embargo, a pesar de sus convicciones europeístas, que nunca abandonaría, creía como Lasalle que las fórmulas internacionalistas no eran una solución válida, sino más bien una rémora para el desarrollo del socialismo liberal o del liberalismo social que él propugnaba como solución a los problemas de España: Cada país tiene una costumbre y unas peculiaridades constitutivas que impiden la implantación directa de modelos extraídos de otros estados, se pueden importar los principios que los inspiran pero no los modelos, estos hay que adaptarlos a cada país, por esa causa fracasaron una y otra vez todos los intentos democratizadores del siglo XIX. Ahora se trata de conocer cuál es la realidad española y qué es lo que está ocurriendo en Europa. Sus dudas en torno al internacionalismo de los partidos obreros se verían luego confirmadas en la Guerra del 14.

En España existen dos sociedades que viven de espaldas, sin ningún contacto, por un lado la España muerta, que es la España oficial,

de la que forman parte los partidos dinásticos, liberal y conservador, y en cierto modo los diversos partidos republicanos ensimismados en su inmovilismo y dogmatismo formal. Esa España ha matado el alma nacional, suplanta la voluntad popular, se desenvuelve como una sanguijuela que absorbe para su beneficio toda la fuerza del ser nacional, adultera todas las instituciones y, lo que es más grave, ha instalado en el pueblo la más inerte de las indolencias a base de incultura y represión. ¿A qué se debe esto? En España no se ha producido el relevo habido en otros países en los órganos de poder, siguen ocupados por la misma oligarquía de siempre y como un pulpo extiende sus brazos por todo el organismo nacional, desde los gobiernos al parlamento, consejos de administración, judicatura o ayuntamientos. En otros países, Inglaterra, Francia, Alemania, incluso Italia, esa vieja política había pasado ya a la historia. Frente a esa España surge naciente la España vital, la que trabaja, la que piensa, que debe ser la encargada de coger las riendas de la política nacional; sin embargo el grado de incultura, de dejadez que anida en el pueblo español, no por su voluntad sino por la de los dirigentes políticos, es tan grande, de tal intensidad, que se precisa de unos cuadros dirigentes nuevos, bien preparados que tomen a su cargo el compromiso ineludible de elevar el nivel cultural de la nación, de educar al pueblo, de forma y manera que se hagan coincidir carácter y costumbre, interés particular e ideal común, vertebrando lo hasta ahora invertebrado en un propósito común de progreso, libertad y justicia.

Por otra parte en Europa, y de modo incipiente en España, el liberalismo tradicional había entrado en crisis, ocupando el espacio político dos fuerzas antitéticas: El conservadurismo y el socialismo obrero como fuerza emergente que reclama un nuevo orden de justicia social. El socialismo español, lleno de idealismo, tiene a juicio de Ortega un defecto, este es su internacionalismo dogmático que le impide dar el salto definitivo para ser la fuerza política principal que aglutinase a esa nueva España en derredor suyo. Ortega optará en esta época por una tercera vía inspirada, como ya se ha dicho, en el idealismo postkantiano representado por Cohen, Atherley Jones o Green, en el krausismo español y en las teorías socialistas de Lasalle, bastante alejadas de las propugnadas por Pablo Iglesias bajo influencia de Kautsky y Guesde. La sociedad iba hacia una bipolarización entre capitalistas y obreros que terminaría en abierto enfrentamiento; creía, como Adolfo Posada, en “un socialismo sin la dogmática socialista

y sin el sentido que supone la lucha de clases aplicada como método transformador o revolucionario: el nuevo liberalismo”. Esta nueva formulación del liberalismo, representada en España por personas en su mayoría educadas por la Institución Libre de Enseñanza, cristalizará en 1913 en la Liga de Educación Política, en 1915 en la revista *España* y en 1917 en la fundación del diario *El Sol*, tres proyectos renovadores creados bajo el impulso y la inspiración de Ortega y Gasset.

Frente al viejo liberalismo plantea diferencias muy radicales:

1.- Frente al individualismo radical y la sociedad concebida como una suma gregaria de individuos que buscan su interés particular, de cuya adición resultaría el interés general, consideran a la persona como ser social y solidario y la sociedad como un organismo en el que todas sus partes colaboran para su perfecto funcionamiento, al tiempo que los individuos consiguen su pleno desarrollo personal. El individuo como ser racional y consciente tiene una misión para con la sociedad, y esta tiene un deber para con los individuos que la forman: elevar su cultura, proporcionarles justicia, libertad y los bienes materiales para que puedan desenvolver sus capacidades al máximo.

2.- En este punto aparece el Estado, los liberales antiguos pregonaban su abstención en casi todas las parcelas de la vida, esto aparte de crear tremendas desigualdades, nunca había sido una realidad, el Estado había intervenido siempre a lo largo de la historia pero en favor de los más poderosos; el nuevo liberalismo exige ahora una intervención del Estado que posibilite a todos el mayor desarrollo de sus potencialidades, para lo que es preciso que todos tengan los mismos derechos políticos, sociales y culturales.

3.- Por último, siguiendo la formulación de Ortega, el liberalismo nuevo debe estar en la última línea de la legalidad, debe estar presente en cualquier punto donde se plantee un nuevo derecho del hombre, asumirlo y defenderlo. Es un liberalismo al servicio del hombre y de la sociedad.

El propósito de Ortega, y de muchos de los que por esta época se aproximan a sus posturas y se acercan al Partido Reformista, es crear en



España un movimiento político que aglutinase a las clases intelectuales, a la burguesía media, y que poco a poco fuese calando en sectores sociales más amplios, de modo que se evitase lo que él veía ya por estos años como las dos amenazas principales que acechaban a España: un golpe militar que perpetuase para siempre los modos e intereses de la vieja política, o una revolución obrera auspiciada por la situación cada vez más oprimida y miserable de las clases trabajadoras.

Ortega llama liberalismo a “aquel pensamiento político que antepone la realización del ideal moral a cuanto exija la utilidad de una porción humana, sea esta de una casta, una clase o una nación”. Para los liberales auténticos cuando se produce el estancamiento, como ha sucedido con los liberales españoles, dejan de serlo para devenir en conservadores, lo cual “es tanto como no ser nada”, porque “los conservadores se desentienden de exigencias ideales, niegan su valor ético y se atienen en este punto a lo ya logrado, cuando no fomenta el regreso a fórmulas superadas de constitución política”. En 1908 Ortega solo contempla un nuevo ideal y este es el socialista, por tanto no cabe otro liberalismo que el socialista, al que niega su carácter utópico, el socialismo expone un ideal de sociedad al cual debe tenderse, además una sociedad no puede progresar sin ideales. Las revoluciones deben evitarse si ello es posible, pero si se llegase a un extremo en que las condiciones de vida no permitiesen otra salida, habría que vivirlas con entusiasmo, tal como vivió Kant la revolución francesa, puesto que son los momentos en que el pueblo saca de su baúl su fuerza vital y dice basta, cuando reclama un cambio radical e inaplazable que abre una nueva etapa de la historia; pero suponen a la vez un trauma social que hay que intentar no se produzca, siendo esa la misión que tiene su generación y el nuevo liberalismo que propugna; hasta ese momento solo el krausismo había sido un intento serio de modular el pensamiento español, pero chocó con el casticismo y la religión, con las estructuras de poder conservadoras que pusieron todo su empeño en hacerlo desaparecer, sin conseguirlo del todo pues ahí estaba su generación.

En España, en 1908, Ortega se movía todavía entre la influencia de Renan, Nietzsche y los kantianos, el poder se lo disputaban la religión y la cultura, la fe y la razón. El krausismo aportó una bocanada de aire fresco en el cerrado mundo cultural español, abriendo puertas al desarrollo del pensamiento, el arte y la ciencia. En este sentido

aparece la escuela laica como un ideal de desarrollo y progreso frente a la escuela confesional, sede de la ignorancia y el dogmatismo; pero escuela laica no significa escuela sin religión, sino escuela sin iglesia. La moral privada católica no sirve, lo que sirve en la moral interior y la pública, el principio categórico de Kant, el hombre es todo él social, y por tanto la España futura deberá partir de la educación del pueblo para conseguir ser una comunidad, de lo contrario no será nada. La solución es cultura y Europa, la democracia social. España es el problema, Europa la solución, pero atendiendo a la singularidad de la situación española, a su idiosincrasia. El hombre no es un ser natural, hay que hacerlo y en España se ha destruido al hombre por la dejadez de muchos años, es preciso que los más preparados se involucren en el proyecto de elevar el nivel cultural del pueblo para conseguir ciudadanos sabedores de sus derechos y deberes, preocupados por un proyecto de vida en común que les una en un mismo ideal.

“El alma es una guerra incesante contra la inercia. Lo que en el cuerpo podéis llamar ánima, se llama en una sociedad cultura política, procúrese que no se apague en una raza, si se busca que la raza no muera”. La riqueza de un país no es solo su potencial económico sino que lo es también, y en mayor grado, su capital político, su cultura política. En una escala imaginaria siguiendo esta última pauta de riqueza, Francia sería la nación más rica, España la más pobre de Europa. Y esto, ¿por qué es así?, porque mientras que en la Europa de los siglos XVIII y XIX se elaboraban nuevas ideas, se creaban nuevas formas de moral, en España quienes tenían la obligación de haber estado a la altura de las circunstancias no lo estuvieron, dedicándose a la “holganza espiritual”, recelando de toda labor intelectual, situando a la nación en posiciones cada vez más aisladas y alejadas de las nuevas corrientes del intelecto. En España, contrariamente a lo que intentó demostrar Menéndez y Pelayo, no había habido ciencia, ni apenas filosofía, solo algunos casos aislados que a título individual intentaron estar al corriente de lo que hacían sus contemporáneos europeos. De ahí nace el compromiso político de Ortega y sus llamamientos a la juventud y a los intelectuales de su tiempo, una tarea de tales dimensiones que exigía la colaboración de muchos, sintiesen o no la vocación política.

Para comprender bien lo que Ortega escribía es preciso definir el objeto al que va dirigida su iniciativa: El pueblo. El pueblo es

“lo que no habla en el parlamento, lo que no escribe libros, ni pinta cuadros, lo que no es nadie en particular, el inconsciente en cada uno de sus dirigentes, las personas encargadas de regirlo, aquello que llena al pueblo de cultura, de ideales. El marxismo, por ejemplo, del siglo XIX, que se elaboró como idea en las universidades y círculos intelectuales y burgueses de Francia, Inglaterra y Alemania, dio un instrumento a la clase trabajadora que se difundió por la cultura. Esta labor de determinación que debe realizar la parte más culta de una raza sobre la parte menos culta o pueblo es la política”. Ortega no está formulando una especie de nuevo despotismo ilustrado, ni una teoría de las élites; sus convicciones políticas parten de la democracia y del sufragio universal, lo que ocurre es que la realidad española tiene unas características muy definidas, unas estructuras políticas corruptas, unas tasas de analfabetismo escalofriantes y un pueblo sin ideales, a él y a su generación corresponde reanimar la mortecina alma nacional, dar al pueblo carácter de tal.

El pueblo por sí solo, sin la minoría intelectual que lo guíe no puede hacer ninguna labor histórica que merezca la pena, porque es esa minoría la que aporta las ideas que luego vierten en el pueblo, sin esa minoría el pueblo sería capaz de hacer revoluciones, pero luego no sabría qué hacer con la revolución, vagaría sin rumbo fijo, sin meta, sin ideal y solo el conservadurismo puede vivir sin ideas porque representa intereses, realidades particulares, es un instinto, es natural, pero el liberalismo, la democracia son ideas y por ello hay que pensarlas constantemente, no se puede parar en un objetivo, tiene que renovarse constantemente, ser dinámico, adaptarse a las necesidades de cada momento, caminar cada vez más lejos en la mejora social.

Para Ortega la situación de España al despuntar el siglo XX es calamitosa, pero no porque él se autodefiniera como pesimista, todo lo contrario, sino porque esa era la realidad nacional debido a tres siglos de mal gobierno, corrupción y despotismo: “España es un dolor enorme, profundo, difuso: España no existe como nación. Construyamos España, que nuestras voluntades haciéndose rectas, sólidas, clarividentes, golpeen como cinceles el bloque de amargura y labren la estatua, la futura España magnífica en virtudes, la alegría española... apenas sentido, con sincera amargura, el hecho español, la realidad actual española se nos convierte en un problema... Mas

al punto nos sentimos solicitados a pensar cómo debía ser España; henos, pues, ya en movimiento: buscando la futura España solución del problema español... el español que pretenda huir de las preocupaciones nacionales será hecho prisionero de ellas diez veces al día y acabará por comprender que para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar es España el problema primero, plenario y perentorio...”

A través de artículos y conferencias Ortega va diseccionando poco a poco el alma nacional, pergeñando un diagnóstico que será esbozado de un modo más sistemático en el manifiesto fundacional de la Liga de Educación Política. El problema de España hay que solucionarlo desde el patriotismo, pero existen dos clases de patriotismo, aquel que mira al pasado y lo ensalza sin autocritica alguna, que se regodea en pretendidas bondades de la tierra debidas a la predilección del “Sumo Hacedor”, que piensa que todo está muy bien como está, y otro que mira hacia el futuro y lucha por algo que todavía no existe, que está por venir, por lo que hay que luchar, y que más tarde será el legado que trasparemos a nuestros descendientes, sin que esto sea trabajo de una sola generación, sino que las siguientes generaciones deberán hacer lo mismo con los suyos: “El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos”. Eso ocurre en todas las sociedades, pero en España la cuestión es más grave, nos separan años de los países avanzados de Europa, en ellos los individuos pueden “perderse en abstracciones” puesto que han puesto las bases de su estado social: sanidad, cultura, subsistencias, elecciones libres. En España esto no es posible, uno no puede sustraerse a la política porque es necesario transformar “la realidad social circundante”, y el medio para lograr eso no es otro que la política, el compromiso político es por ello ineludible para cualquier español que se sienta patriota en el sentido liberal de la palabra.

La acción política primera debe ser la educación, de modo que cada individuo pueda llegar al máximo de sus capacidades y contribuir de ese modo al progreso de la sociedad. La ciencia, la moral y el arte son los hechos específicamente humanos, del mismo modo ser hombre es participar de alguna manera en esas tres cosas, que no son patrimonio de ningún individuo concreto sino de la humanidad, por ello “el hombre como tal no es el individuo de la especie biológica, sino el individuo de la humanidad.., el individuo humano lo es solo en cuanto contribuye

a la realidad social y en cuanto es condicionado por esta”. La labor pedagógica ha de orientarse a la transformación de la sociedad, la política tiene que transformarse en pedagogía.

Mediante estas reflexiones Ortega participa y comparte el organicista de la escuela de Oxford difundido por Green y Hobhouse. Se hacía preciso implantar en la sociedad las ideas de cooperación y solidaridad, opuestas a la confrontación social, por ello los miembros de esa sociedad han de ser trabajadores de todas las clases, desde el poeta al jornalero, de este modo la sociedad evolucionaría al socialismo. Hay que socializar al hombre, lo que solo se consigue por la cultura impartida por el Estado, por la escuela laica, igual para todos, no es soportable ya la dicotomía escuela laica-escuela confesional, escuela pública para pobres, escuela privada para ricos, moral privada-moral pública: “La vida privada misma no tiene buen sentido: el hombre es todo él social... un pueblo es una comunión de todos los individuos en el trabajo, en la cultura; un pueblo es un orden de trabajadores y una tarea. Un pueblo es un cuerpo innumerable dotado de una única alma: la democracia...”

Sin embargo, al mismo tiempo que define al hombre como ser social, valora de un modo altísimo al individuo, su fuerza para transformar la sociedad o para simbolizar un ideal, es el caso de Pablo Iglesias de quien dice que tal vez no sea una persona de una profunda formación teórica, con fuertes dosis de dogmatismo, pero que es ante todo un hombre ejemplar, “una incitación al respeto porque es la transustanciación de la idea socialista”. Pero los socialistas españoles no se han dado cuenta de que además de sufrir como obreros, sufren como españoles, el día que admitan esto y reconozcan el problema de España -argumenta- serán el mayor partido nacional. Tampoco acepta el carácter dogmático del socialismo español, especialmente en lo referido a la lucha de clases como instrumento único para transformar la realidad. Ahí es donde Ortega coloca su proyecto político para España: Un liberalismo organicista y social que sirva para atemperar las tensiones entre el capital y el trabajo, una nación es un conjunto de transacciones, utilizando como instrumentos para ello la cultura, la cooperación, la justicia y la libertad.

En el prospecto de la Liga de Educación Política española de 1913, Ortega vuelve a insistir en la incapacidad de los partidos dinásticos para sacar al país de su atonía, no cree que se pueda acusar de ello a la masa popular, sino a la falta de minorías preparadas que lo dinamicen y lo saquen de su indolencia: “Para nosotros, por tanto, es lo primero fomentar la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas”. El liberalismo no puede ser una idea inmovilista, sino algo en constante agitación, algo que no puede estancarse so pena de dejar de ser lo que es, tiene que adaptarse a los -nuevos tiempos, a los nuevos ideales, marchando en cabeza en la defensa del progreso del hombre y de la sociedad. Enuncia, tal vez por primera vez, el principio de competencia: Deben regir el país para vertebrarlo y articularlo aquellas personas que estén más capacitadas, mas preparadas, quienes sean los más “competentes” en la tarea a la que se dediquen, únicamente de ese modo la nación saldrá de su postración, hay que eliminar a los mediocres de los cuadros directivos de la nación.

Ninguna institución política, ningún régimen político, monarquía o república lleva dentro de sí el liberalismo, hay democracias en estados republicanos y las hay también en monárquicos, también existe lo contrario, regímenes monárquicos o republicanos dictatoriales. La forma ideal sería, independientemente de sus apellidos, aquella que hiciese posible democracia y España. Dirige su proyecto a una minoría burguesa y a la juventud intentando convencerles de su deber histórico, apelando “al poder que el hombre tiene sobre sus personales destinos” .

En este momento, 1914, Ortega, al igual que otros intelectuales de su tiempo -Galdós, García Morente, Azaña, Azcárate-, se acerca al Partido Reformista, cuyo jefe político Melquíades Álvarez defiende una doctrina similar respecto a las formas de gobierno, argumentando que estas eran insustanciales y que lo importante era la democratización del régimen, en este caso la monarquía alfonsina.

La conferencia del Teatro de la Comedia de 23 de marzo de 1914, “Vieja y Nueva Política”, quiso ser el punto de arranque de la Liga de Educación Política, cuyo manifiesto fundacional habían firmado hombres como Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos, Leopoldo Palacios, García Morente, Bernaldo de Quirós, adhiriéndose con posterioridad Salvador de Madariaga, Américo Castro, Pablo de

Azcárate o Luis Bello. En su disertación Ortega articula su pensamiento político de forma más sistemática, pero repitiendo los esquemas expuestos hasta entonces en los artículos de *El Faro* o *El Imparcial*. Un país no puede vivir del pasado, cada nueva generación tiene que aportar algo nuevo a su sociedad, de ese modo las naciones se hacen fuertes, progresan, se cohesionan. En España esto no ocurre, se vive del pasado, el resultado es que ese distanciamiento, ese quietismo del pueblo, la ineptitud de sus dirigentes ha hecho que “esos organismos de nuestra sociedad -que van del Parlamento al periódico y de la escuela rural a la universidad-, todo eso que aunándolo en un nombre, llamaremos la España oficial, sea el inmenso esqueleto de un organismo evaporado, desvanecido”. La España oficial, obstinada en mantener actos y hábitos de otros tiempos está muerta, además es la culpable de que las nuevas generaciones no acudan a la política ya que todos sus usos le son ajenos, impide, entre estertores, que resurja la España vital, sincera, honrada y trabajadora, la que tiene en sus manos el resurgimiento nacional. La nueva política no tiene que enfrentarse a la vieja, que está a punto de desaparecer, sino enterrarla y crear nuevos principios poniéndose a trabajar para el futuro. Se distinguen una de otra, en que la nueva política no hace del poder su objeto, sino que este es la vitalidad de España, su dinamización, de tal manera que una vez estructurada como nación sea la sociedad civil la que condicione la vida del Estado, nunca el revés. El Estado moderno democrático tiene como finalidad y fundamento de su existencia el servicio a los ciudadanos, mejorar y facilitar sus vidas, es un instrumento al servicio de la nación: “...nadie está dispuesto a defender que sea la nación para el Estado y no el Estado para la nación”. La vitalidad de la nación está por encima del orden público, por encima de los regímenes políticos, de los intereses particulares por altos que estos sean.

Ortega se opone a la política represiva llevada a cabo por Maura y La Cierva porque no es el tratamiento adecuado para la enfermedad del paciente. Este se llama España, la enfermedad, muerte de la sustancia nacional, desigualdad, privilegios oligárquicos, la medicina adecuada no puede ser otra que la cultura popular y una legislación social avanzada. El médico por ello no podrá ser el Ministro de la Gobernación y la guardia civil, sino las nuevas generaciones y la minoría que por su preparación esté en condiciones de llevar a buen puerto tan tremenda tarea: “Nuestro problema no es vivir con orden, es vivir primero...

Orden, orden público, paz... es la única voz que se escucha de un cabo a otro de la Restauración. Y para que no se altere el orden público se renuncia a atacar ninguno de los problemas vitales de España...”.

Para Ortega, Cánovas fue el gran corruptor, el ideador de un sistema político que antepone la supervivencia de la monarquía a cualquier otra cosa, para ello contó con el apoyo de los viejos liberales y del inmovilismo del carcomido republicanismo histórico, ahogado por sus simplificaciones. La Restauración fue para Ortega la corrupción organizada y generalizada, desde el más remoto pueblo hasta las más altas instituciones del poder. A ella se habían sacrificado varias generaciones de españoles, sustituyendo la voluntad nacional por la de unos pocos para su particular beneficio. Sacrificó a toda una sociedad poniéndola al borde de su evaporación espiritual, por mantener unos cuantos privilegios, una forma de vida arcaica basada en el pasado, en lo peor de la tradición española; consecuentemente la incompetencia se instaló en todos los órganos de la nación y el pueblo vivo se apartó de ella.

La Liga de Educación Política quiso ser una llamada de socorro, un revulsivo a toda la parte viva de la nación para emprender un levantamiento espiritual desde todas las provincias, pueblos y rincones de España; deberían incorporarse a ella todos aquellos que, desde cualquier punto de la geografía nacional, sintiesen el dolor de España, después sería preciso llenar el país de círculos, de asociaciones, oír las quejas de los más necesitados, de los que trabajan y no tienen voz (Intrahistoria unamuniana), fomentar la protesta, el amor y la solidaridad. En desacuerdo con lo propuesto por los reformistas, Ortega se declara monárquico “porque España lo es”, pero lo mismo que Renán que decía que una nación era un plebiscito diario, la monarquía tendría que hacer valer su legitimidad constantemente, “no solo negativamente, cuidando de no faltar al derecho y manteniendo el orden a sangre y fuego, sino positivamente, impulsando la vida nacional”. Por encima de la monarquía, Ortega antepone al menos dos cosas: La Justicia y España.

Por último hay que destacar su ideas nacionalizadoras, Ortega decía que había que nacionalizar la monarquía, el ejército, el clero, a los trabajadores y a todas las instituciones y organismos vivos del país. Pero cuando habla en estos términos nada más lejos de su pensamiento



que un nacionalismo de corte patriotero o imperialista a la vieja usanza, lo que propugna es que todas las instituciones, todos los organismos patrios vivan para la nación y esta a su vez, encuentre su sentido esencial en el bienestar de los individuos que la forman. Relacionado con este apartado es de extrañar la pobre referencia que hace a un problema enorme de la España de su tiempo y del nuestro: El nacionalismo periférico, las cuestiones catalana y vasca.